

Verdad y consecuencia

Adriana Díaz de Márquez¹

Resumen

La autora compara el concepto de verdad que manejaba Freud con el que actualmente se ha impuesto a la comunidad Psicoanalítica. Desarrollando una línea de pensamiento, desde los mecanismos mentales hasta los preceptos culturales, se concluye que el concepto de verdad se ha vuelto más cercano al ideal de Kant, en tanto construcción subjetiva, y tiene por consecuencia directa la búsqueda de la responsabilidad sobre sí mismo.

El proceso de acercarse a la teoría a través de un caso clínico no está libre de tensiones. Siempre es difícil dar cuenta de lo ocurrido en una sesión. Los relatos que intentan retratar una realidad son de hecho una interpretación de esa realidad (Bion, 1975). Si tenemos en cuenta que la escritura más que reproducir “produce”, al elaborar un caso para escribirlo, el psicoanalista trasciende la memoria y condena al fracaso la objetividad desde el principio. Incluso en la sesión la traducción en palabras de un evento o sentimiento introduce cierta “traición” a los hechos, ya que la subjetividad toma las riendas del relato de acuerdo a las vivencias personales. Es sabido también que el relato de la misma persona en distintos momentos puede alterar la esencia del fenómeno. La literatura nos ha dejado numerosos ejemplos de las diferentes significaciones que un hecho puede asumir al ser relatado por distintas personas en distintos momentos. El psicoanalista aprovecha

¹ Psicoanalista. Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

la “infidelidad” de la memoria cuando le pide a un paciente que repita el relato de un sueño, por ejemplo. Aquello que no es dicho en el segundo relato constituye objeto de represión y nos pone sobre la buena pista de la “verdad” que buscamos.

Para el Psicoanálisis la “verdad” siempre es subjetiva ya que está sujeta a la experiencia personal y a la lectura que el Yo hace de ella. Conviene aclarar que considero al Yo como la instancia gestora del aparato psíquico. Nuestro gestor tiene la función de llevarnos a evitar las frustraciones rindiendo culto a la comodidad y al placer. Por eso el Yo, ante la fatalidad del sufrimiento, suele retirarse a un estado de ensoñación y fantasía. Ya Freud nos advertía que el “juicio de atribución” (me refiero al juicio que califica a la experiencia de buena o mala) precede (es anterior) al juicio de existencia (aquel que califica si algo existe o no). Es decir que la psique humana elige lo que percibe de acuerdo a lo que le resulta útil o agradable, y deshecha el resto. No es que el dolor tenga algo de malo, simplemente no nos gusta. Resulta obvio entonces que lo que llamamos realidad psíquica es obra de nuestra subjetividad.

Sabemos que lo psíquico sigue una normativa: lo mismo, si se repite, se inscribe como distinto. Gracias a esta norma el Psicoanálisis consigue modelar las identificaciones del paciente de acuerdo a los distintos momentos del tratamiento y a la relación transferencial. Así mismo las variaciones de la técnica psicoanalítica responden a los cambios culturales en la lógica del pensamiento. Si el discurso actual otorga un lugar preponderante a la alteridad y la indeterminación, categorías olvidadas para el paradigma racionalista y positivista del siglo XIX, es sensato aceptar que nuestros objetivos han cambiado.

Una revisión histórica del concepto de verdad nos conduce desde Aristóteles (la verdad sería una adecuación del intelecto a la cosa) hasta William James (es verdadero lo que es expeditivo, lo que introduce un beneficio vital). Freud lee la verdad como un efecto del encuentro del pensamiento con la sexualidad, refiriéndose concretamente al descubrimiento de la falta de pene en la mujer. Este “hecho verdadero”, según Aristóteles, se reprime o se reniega causando diferentes efectos psíquicos. Este era para Freud el germen del conflicto psíquico.

En aquella época el interrogante principal giraba en torno al saber del Inconsciente. Pero, actualmente, los psicoanalistas no buscamos un saber sobre la sexualidad, sino la relación del saber con la sexualidad con la intención de ayudar al paciente a deslastrarse de algunas relaciones de determinación que existen entre el saber y el sexo, y que, a su vez, resultan condicionadas

por la cultura. Hoy comprendemos que conocer acerca de lo Inconsciente no es aprehender una totalidad sino reconocer un saber parcial y aprender a hacer con el no-saber. El concepto psicoanalítico de verdad se acerca actualmente más al ideal kantiano en tanto que el fenómeno (objeto de conocimiento) es construido por el sujeto a partir de los datos provenientes de la experiencia. Es decir que el sujeto recibe los datos provenientes del caos de impresiones y los ordena de determinada manera. Es así cómo el pensamiento se enriquece con las nociones de construcción y relatividad que el Psicoanálisis confirma.

Lo único verdadero permanece fuera de la palabra, inscrito en el cuerpo. La pulsión y la forma de gozar nos dan pistas sobre la verdad del paciente, pero nunca la alcanzaremos totalmente. El psicoanálisis actual se refiere más a mejorar la calidad de vida del paciente que a la resolución de problemas específicos. A través de una visión retrospectiva e introspectiva de la experiencia del paciente se alcanza un objetivo terapéutico que está más ligado a la responsabilidad que a la verdad en sí misma. Una parte considerable del diálogo transferencial está consagrado a ayudar al paciente a tornarse responsable de aquello que le sucede, a verse con mayor claridad, a reconocer la cadena de acontecimientos que produjeron tal o cual síntoma.

Siguiendo este razonamiento, podemos afirmar que la primera consecuencia de los actuales cambios culturales en psicoanálisis consiste en que la búsqueda de la “verdad” ha sido suplantada por un llamado a la “responsabilidad”. Esta resulta especialmente valiosa porque representa el primer paso para liberarse de los condicionamientos que rigen nuestras vidas. Pero no se trata de mantener el individualismo sino de lograr un conjunto armónico, una buena comunidad, un Otro eficaz. Ese Otro no se construye a partir de intereses egoístas sino, paradójicamente, es un logro de personas capaces de estar solas. La auténtica soledad no corta las relaciones sino que las enriquece, logrando que cada uno sea responsable de sí mismo para ser una buena compañía. Esta consciencia de estar interconectados, de ser sujetos sujetos, nos conduce a la ética de no dañar para vivir en armonía.

No se me escapa el tinte moralista de esta última afirmación. Se supone que el psicoanalista busca la verdad del paciente por encima de la moral que lo condiciona. Sin embargo, considero que esa verdad, así como está ligada a la cultura, también lo está a la ética y a la moral del grupo de pertenencia. El instinto gregario del hombre (Freud) hace que el Otro, el semejante, el prójimo, desempeñe un papel irremplazable en la constitución psíquica del individuo. La pregunta que el sujeto se hace: “¿qué quiere el otro de mí?”, constituye un conjunto de leyes que rigen la civilización permitiendo

un contexto adecuado a su desarrollo. Por todo lo expuesto, la necesidad de esforzarse para ser tomado en cuenta, de dar para no perder, de invocar al prójimo como referencia, son consecuencias directas de la búsqueda de la verdad en Psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

- BION, W. (1959). Ataques al vínculo. *International Journal of Psychoanalysis*.
- FREUD, S. (1914). *Introducción del narcisismo*, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1919). *Lo Inconsciente*, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1923). *El Yo y el Ello*, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (1925). *La Negación*, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LACAN, J. (1964). *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis. Seminario II*. París: Seuil.
- MILLER, J. (2002). *De la naturaleza de los semblantes*. Buenos Aires: Paidós.